



¿Qué tan importante es el amor en la vida cristiana?

Sin amor, lo máspreciado del hombre se reduce a la nada; sus más grandes logros se decir de la benevolencia. ¿Qué puede ser más sublime que el entregar todos nuestros bienes para dar de comer a los pobres?

Sin embargo, Pablo no sólo da a entender en el versículo 3 que es posible hacer algo como eso sin estar movidos por el resorte del verdadero amor, sino que también enseña con toda claridad que de ser así de nada sirve:

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1Cor. 13:1-3).

Si el amor no está detrás de todo cuanto hacemos, de acuerdo a la enseñanza de este texto a los ojos de Dios eso no sirve para nada. De manera que el amor es central en la vida cristiana. En el resto de esta entrada quiero compartir argumentos que apoyan esta declaración.

En primer lugar, el amor es aquello que nos dispone a ejecutar todos nuestros deberes para con Dios y para con los hombres.

Es el amor a Dios aquello que dispone nuestro corazón para honrar a Dios como es debido, adorar Su grandeza, y someternos gozosa y voluntariamente a Su dominio. Por algo el Señor colocó el mandamiento de amar a Dios a la cabeza de todos los mandamientos (comp. Mt. 22:34-38). De esta fuente emana todo lo demás. Es el amor a Dios aquello que nos mueve a obedecerle con una obediencia evangélica, como la obediencia que le dispensa el hijo al padre que ama.

Es el amor aquello que nos mueve a refugiarnos en Dios en tiempos de dificultad. Cuando viene la aflicción queremos estar cerca de aquellos que amamos, y recibir el consuelo de su compañía. El que ama a Dios se refugia en Dios en tiempos de necesidad.

Es el amor a Dios aquella virtud que dispone nuestro corazón a deleitarse en el hecho de que Dios sea glorificado, aun cuando para ello tengamos que ser nosotros humillados. Es ese mismo amor que guarda nuestras almas de poner en duda la Palabra de Dios, o de poner en

duda la genuinidad de Su amor para con nosotros cuando atravesamos en medio de alguna providencia aflictiva. El que ama a Dios justifica a Dios, y está dispuesto a decir como Pablo: "Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Rom. 3:4). Todos nuestros deberes para con Dios son energizados por el combustible del amor.

Pero lo mismo podemos decir en lo que respecta a nuestros deberes para con los hombres (comp. Rom. 13:8-10). Si amamos al prójimo nos guardaremos de hacer deliberadamente nada que pueda dañarle. Más aún, nos ocuparemos activamente de hacerle bien. La compasión y la misericordia emanan directamente del amor.

De igual manera es el amor la virtud que pondrá un cerco alrededor de nuestro corazón para que no envidiemos al prójimo en su prosperidad; aquello que nos moverá a pensar caritativamente de sus acciones; a moderar nuestras pasiones cuando tiendan a levantarse en medio de la ofensa, de los malos entendidos, etc. En Pr. 10:12 está escrito que "el odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas".

En segundo lugar, cualquier cosa que hagamos que tenga apariencia de virtud no es más que hipocresía cuando es ejecutada sin amor.

Si no es por amor que lo hacemos ya no hay sinceridad en nuestra actuación. Sea en el contexto de nuestros deberes para con Dios, o de nuestros deberes para con los hombres; si el móvil que está detrás no es el amor a Dios o el amor al prójimo, ¿cuál es, entonces? El amor a nosotros mismos; a nuestra propia reputación, a nuestra propia comodidad. Queremos el aplauso y la buena opinión de los hombres, para poder servirnos de esas cosas en el momento propicio. Así que mientras aparentamos estar preocupados por la gloria de Dios o el bienestar del prójimo, en realidad estamos preocupados por nuestra propia gloria y nuestro propio bienestar.